

BAILE SOBRE LA ROCA
Recorrido por el mundo de la escalada en Bogotá

Por Luisa Fernanda Guzmán Vélez

La rutina de baile

Sebastián es consciente de cada uno de los pequeños huesos y tendones de sus pies, que se encuentran encogidos a la fuerza dentro de los zapatos de goma, que le permiten aferrarse por un instante a la corteza de la roca. Preparado para el siguiente ataque, levanta rápidamente su brazo derecho, estira los dedos de sus manos hasta sus límites y se agarra de la fisura que ha palpado con las yemas de sus dedos. Este movimiento, ejecutado tras un instante de decisión, genera una posición de equilibrio momentáneo para balancear ligeramente el cuerpo que cuelga sobre la fuerza de la mano derecha. Durante los segundos que dura este tambaleo de bailarín, decidido a mantener el ritmo, Sebastián tantea con su pierna derecha una nueva ubicación para los pies y los sentidos se despiertan haciendo del tacto la guía para el siguiente movimiento. Una vez encuentra un nuevo lugar de apoyo en este mapa rocoso, ubica su pierna con satisfacción en un nuevo áspero escalón que le permitirá, en pocos instantes, continuar su ascenso por la roca.

Los ataques impulsivos y las posiciones de riesgo hacen que el transcurso de este cuerpo en diálogo con la roca no pierda su fluidez, y logran de este caminar a la inversa un cuadro en movimiento que desafía la ley de la gravedad.

Sebastián, con toda ausencia de brusquedad, suelta una mano de la roca y la lleva atrás de su cuerpo a la altura de la cintura, la introduce dentro de su bolsa de magnesio, toma un poco de este polvo blanco en su mano, abre y cierra los dedos y regresa a su antigua posición de agarre; repite la operación con la mano derecha y continúa su danza sobre la

tosca y fría pista de baile, mientras que los músculos de sus brazos se tensionan y dibujan en su espalda y extremidades un mapa de ligeros bultos que rozan con el aire a falta de una camiseta.

La imagen del cuerpo ejercitado y bien formado que asciende rítmicamente por la roca, parece ocultar la fragilidad que se esconde tras él, pues en sus recorridos siempre siente miedo. Miedo ante la altura e inseguridad para asumir posiciones y movimientos más arriesgados son el acompañante fiel de Sebastián en su encuentro con la montaña. *“Una de las razones por las cuales me apasiona la escalada es porque me permite conocer mis miedos y hacer algo por vencerlos y superar mis propios límites”*, asegura Sebastián.

Parece ser que una extraña dualidad de fortaleza y debilidad física y mental conforman el atractivo de la escalada, y aunque Sebastián es quien nos ha abierto las puertas que conducen a este mundo, podemos decir que sus experiencias son comunes a muchos otros escaladores y que tras los arriesgados movimientos en la roca de una diversidad de bailarines, hay un constante temor que constituye también el impulso para continuar el camino.

El encuentro con la áspera superficie de la roca produce en el escalador un leve sangrado en sus dedos, y pese a esto, para Sebastián la escalada es el único camino posible para entablar una conversación con algo mayor que no logra definir: *“Más allá de vencer los miedos y hacer un buen parche, en el momento de la escalada y el encuentro con la roca se siente una energía muy especial, como si se pudiera por fin hablar con Dios”*.

Baile bajo techo: la escalada en Bogotá

No se puede negar que el atractivo de la escalada se ha dado en relación con el encuentro personal, casi íntimo, del hombre con la montaña, donde la relación con la naturaleza se vive a flor de piel. Sin embargo, muchos de los escaladores que visitan los parques y montañas que circundan Bogotá, son habitantes de la bien llamada selva de concreto: la ciudad.

Para los escaladores ciudadanos, el encuentro con la montaña parece ser un privilegio que si acaso se les ofrece una o dos veces a la semana. No obstante, esto no significa que mientras el perímetro urbano de Bogotá los aprisiona, los escaladores cierren con seguro la puerta hacia el mundo de la escalada. Tras un encuentro con la roca, al regresar a Bogotá, Sebastián no guarda dentro de su mochila, junto al magnesio y los pies de gato (zapatillas de caucho que proporcionan una agarre mas firme a la roca) su pasión ni tampoco pone sus músculos a descansar dentro de las cobijas y salones de clase.

Lejos de la imponente inmensidad de las montañas aledañas a Bogotá y de *El gigante egoísta*, ruta de escalada ubicada en La Mesa de los Santos, Bucaramanga, a la cual Sebastián se refiere constantemente, porque su dificultad pone a prueba la fortaleza mental, se encuentran los muros de escalada de la ciudad.

En Bogotá, los muros de escalada son el refugio de otros tantos como Sebastián. Aunque bajo techo y poco llamativos, estos mundos sicodélicos se caracterizan por la forma como tratan de imitar las montañas de tierra. Estos están hechos de goma, cuidadosamente ensamblados, donde bultos multicolor y multiformes hacen las veces de horizonte y cielo, paredes y techos que sirven de soporte para este mundo rebosante de color y forma.

En Bogotá, bajo este mundo artificial, la escalada adquiere nuevas dimensiones. Los muros de escalada de la ciudad podrían contarse con los dedos de una mano y nos sobrarían dos de ello: *Gran Pared*, *Roca Sólida* y *Zona de Bloque*. Son visitados por asistentes ocasionales: principiantes, que ya llevan algún tiempo y otros que han hecho historia en este deporte poco conocido en Colombia. Sebastián nos lleva a hacer un recorrido por estos lugares, cada uno de ellos con sus características especiales.

Tal vez, bajo la perspectiva del aficionado, resultaría paradójico que una aproximación al mundo de la escalada no se centrara en grandes hazañas en las rocas, en movimientos desafiantes y situaciones peligrosas, sino en la belleza del movimiento estético del cuerpo del hombre sobre la pared. Aún así, su dimensión más importante se esconde detrás de esta figura que esta relacionada con la escalada como una de las tantas formas de vida que se abren campo a golpes dentro de esta ciudad capitalina.

En nuestra inmersión por este mundo de goma, nuestro guía y acompañante nos revela poco a poco y a ritmo del caminata nuevos secretos de la escalada en Bogotá, lugares que visita tres o cuatro veces a la semana y constituyen para él otras posibilidades de encarar la escalada.

Las rutinas de baile: modalidades de escalada

Gran Pared, ubicado en la carrera séptima con calle 49, se especializa en la modalidad más popular de escalada en ruta. Si pudiéramos dar una mirada panorámica a Bogotá, suponiendo que nuestros ojos atravesaran los tejados, encontraríamos que ningún otro lugar se saldría tanto de contexto como Gran Pared: altos muros con formas irregulares y bultos de colores con cuerdas colgando desde lo alto. Sebastián describe la escalada en ruta como aquella práctica que pone en juego muchos miedos, pero más que todo el miedo a la altura, ya que en esta modalidad se busca ascender por la roca a la máxima altura posible. “*La escalada en ruta exige una mayor resistencia ya que requiere muchísimos pasos aunque menor explosividad, es un ejercicio más aeróbico*”, asegura Sebastián.

Este tipo de escalada desafía la resistencia y la preparación física, pero más aún, es una práctica que mide la capacidad mental para enfrentar los miedos y la confianza que el escalador tiene en sí mismo. Los principiantes suelen comenzar por este tipo de escalada.

Por otro lado, *Roca Sólida*, ubicado en la carrera 19 con calle 133, y *Zona de Bloque*, ubicado en la calle 21 con 50, han sido el resultado del esfuerzo de un grupo de escaladores amantes del *búlder*. Se trata de una modalidad de escalada un poco menos convencional donde no se usa cuerda de seguridad, ya que no persigue el ascenso elevado por la roca, sino entablar una relación con la piedra para desarrollar otras capacidades y fortalezas del escalador. Los miedos a la altura no desaparecen en el *búlder*, reconoce Sebastián, amante apasionado de esta modalidad de escalada, pocos pasos pero a la vez más explosivos y con mayor nivel de dificultad.

El ambiente de *Zona de Bloque*, recién inaugurado, invoca una cueva, igualmente multicolor, que cobija a los escaladores bajo extrañas formas, como manos, bocas y bombillos fosforescentes que hacen las veces de rocas artificiales.

El equipo que se requiere para hacer *búlder* consiste en la bolsa de magnesio, los pies de gato y un *crash pad* o colchoneta para amortiguar la caída. Aunque no está de más la vigilancia permanente del compañero que cuida la espalda del escalador en caso de una caída. Y si bien la magia de la escalada reside en el encuentro personal con la roca y los desafíos que ella impone al hombre al llevarlo al límite de las posibilidades de su cuerpo y de su mente, la escalada, en todas sus facetas, pone a prueba los vínculos de confianza entre un escalador y otro.

“¿Me preguntas por las relaciones y las amistades que se generan dentro del mundo de la escalada? Pues en ningún otro deporte tú pones tu vida en las manos del otro como en éste. En la escalada en ruta por ejemplo, siempre se necesita un compañero que sostenga a la persona que esta haciendo el ascenso. Los dos escaladores tienen atados a su arneses a una misma cuerda y en caso de que el que el que este ascendiendo se suelte de la roca, el compañero tensiona la cuerda que tiene amarrada a su arnés para evitar que el otro caiga. En el caso del búlder, el compañero cuida al escalador desde el suelo y debe estar siempre listo para empujarle la espalda al otro hacia delante, en caso de una caída. No pude quitarle los ojos a su amigo ni un instante”.

Tras esta descripción de las relaciones de los escaladores, resulta paradójico que al ser la escalada un deporte donde las victorias se conquistan individualmente, éstas no son posibles sin la vigilancia de otro, que bajo estas circunstancias deja de ser un escalador para convertirse en vigilante de la vida de su compañero. Presenciar una tarde de escalada es ser testigo de los vínculos de amistad que se establecen y se afianzan. Con palabras de ánimo y aplausos de unos para otros este deporte abre espacios casi familiares.

El recorrido por Bogotá en la búsqueda de estas gigantescas cuevas de colores finalizó sino en la profunda cueva blanca de *Zona de Bloque*. Nuestro escalador guía, como buen amante de estos lugares reserva lo mejor para el final, el sitio especializado en *búlder*. De hecho, Sebastián siempre se ha sentido más inspirado por el búlder que por la ruta, donde el despliegue de los movimientos se asemejan al son de un bolero romántico. A pesar de que el primer contacto con el *búlder* tuvo lugar hace ya varios años, nuestro escalador se confiesa aún plenamente enamorado.

Los recodromos bogotanos no solo son el lugar donde los escaladores ponen a prueba su fuerza mental y física antes de dirigirse a su prometida, la montaña, también son el escenario de las competencias de escalada, en las cuales la delicada compenetración del cuerpo con la roca de la montaña es reemplazada por el agite de la competencia y la mirada expectante de los asistentes. En las competencias de escalada, cada competidor tiene aproximadamente cuatro minutos para “encadenar” una ruta, pero además tiene como invitada especial la música electrónica, que muestra la otra cara del mundo de la escalada, con un ambiente del cada vez más gotea adrenalina,

Y escalar... ¿para qué?

Después de este recorrido, vale la pena preguntarse: ¿Cuál es la razón por la que se entregan a este deporte, pasan de las montañas de tierra a las de goma, arriesgan sus vidas? Sebastián asegura que el encanto de la escalada está en el descubrimiento de sí mismo. De hecho, el despliegue de los pasos de baile sobre la inversa y tosca pista de piedra es para nuestro escalador el punto más cercano posible entre el mundo de occidente y la práctica oriental consagrada al encuentro del hombre consigo mismo:

“Para Oriente, la escalada es lo mejor que tiene Occidente, incluso se puede tomar como una representación del yoga, donde se logra la máxima concentración y se busca por medio de ella ser maestro de sí mismo. Muchas preguntas se plantean acerca de la práctica de la escalada en relación con la vida, por ejemplo: ¿Por qué un hombre se cuelga de la roca pudiendo estar acostado cómodamente en su cama? La respuesta que yo puedo ofrecer es porque la vida es una constante búsqueda para la cual la escalada es un camino”.

En este sentido, el nivel de la ruta que se escale o los resultados de la competencia resultan superfluos para los más entregados a esta práctica que la reconocen como una de muchas formas de existir.

Sebastián, al finalizar su semestre, se despide momentáneamente de los muros de escalada bogotanos y se encamina hacia la montaña. Al llegar a su punto de destino saca de su maleta sus elementos de escalada. Tras ponerse sus pies de gato en un movimiento que no dura más de cinco segundos y atar a su cintura la bolsa de magnesio, procede a

estirar suavemente cada uno de sus dedos. Tras este breve calentamiento, se siente listo para iniciar sus lentos movimientos en búsqueda del reencuentro con la roca.

El ritual de acercamiento comienza estando agachado en el piso, sus manos se acercan a la roca, palpan su dureza y se aferran firmemente a ella. Seguidamente los pies se ubican de tal modo que le permiten estirar sus piernas y comenzar. Después de unos cuantos pasos que le han permitido un ascenso considerable por la roca, tras sentir unas gotas de agua que caen sobre su frente, nuestro escalador confirma su temor, la lluvia ha hecho presencia interrumpiendo su rutina de baile sobre al roca. Sebastián no lo piensa dos veces, desciende de la roca a un ritmo mucho más acelerado que el ascenso, al tocar tierra se quita sus pies de gato, se pone sus medias y sus tenis y se dirige apresuradamente hacia Bogotá. Al entrar a la ciudad, toma la carrera séptima y se dirige velozmente hacia la calle 49, donde espera encontrar que el gimnasio de escalada aún este abierto para continuar bajo techo su rutina de baile.